

LA GENTE DEL PARQUE ALUCHE

Las palomas en pleno vuelo abonaban el pavimento y a veces a los transeúntes que se refugiaban bajo los toldos de las terrazas de la calle Quero. Esto provocó la risa de un crío que se había separado momentáneamente de sus padres y corría arriba y abajo como un fogonazo rubio siguiendo la estela de la valla metálica del colegio. Un cielo azul rabioso surcado de retazos de nubes oscuras se extendía como una membrana chillona sobre el lago esmirriado donde se bañaban los niños. Una vibración aguda hendió el aire: la policía avisaba de que estaba muy feo eso de divertirse en el agua; la escasa luz solar descendía hasta llegar al agua, resaltando un verde jade viscoso.

Una chica estaba en cuclillas dibujando el paisaje veraniego, las hojas acariciadas por la brisa feble, los vestidos con colores eléctricos o amortiguados y el cielo azul reverberando en los fragmentos de hierro de las fuentes dentro del lago: patos, ranas y niños saliendo del agua entre risas eran retratados con una sombra licuada limeña sobre las baldosas de un burdeos y blanco apagado en forma de tableta de chocolate.

Un díscolo infante riendo y gritando delante de sus padres angustiados se acercó.

Sonrió procazmente a la joven y la miró con detenimiento mientras esta dibujaba. Admiró su pelo largo recogido en una cola de gran longitud y se extrañó de que no le prestase a él más atención que un par de segundos, pues sus ojos iban del dibujo al paisaje y a la inversa. Cuando miró el dibujo de la joven se quedó extático y con la boca abierta. Sus padres vinieron tras él y lo regañaron a conciencia. Pero el niño no prestaba la menor atención, había perdido su posición entre los rayos de sol y el agua verde en el cuadro y había visto a sus padres corriendo tras él dentro del dibujo en el suelo, a la altura del café Cerezo. La madre se sintió obligada a dar una excusa por la interrupción del niño. Solo entonces la joven elevó su vista hacia el crío y formuló una pregunta:

— ¿Te gusta?

El niño se sintió avergonzado, pero con cierto deje de orgullo obstinado dijo:

— No.

La joven sonrió y siguió pintando. Añadía una nueva figura a la de los padres y el niño, ahora hablando con una muchacha en cuclillas de espaldas al dibujo. El papá se fijó en ella y en la señalada ovalación de su rostro; la simetría de la nariz y la boca, y la claridad envolvente de sus enormes ojos pardos denotaban seguridad en sí misma. «O quizá solo está absorta en su dibujo», se dijo.

La mamá se fijaba, sin embargo, en el dibujo. Ninguno articuló palabra mientras la mano izquierda de la joven se movía con inusitada destreza rellenando los contornos del salón de belleza, aplicando un tinte gazpacho a La Bombonera, señalando en la distancia el azul metálico de la

valla del colegio, la fachada humilde como crema de café, las cuatro canastas con redecillas blancas naciendo en el gris sucio de la pista, imprimiendo una sensación de movimiento en aquellas figuras quietas que estarían menos quietas y calladas como vivo pareciese aquel cuadro.

Al poco se acercó una pareja de jóvenes andinos y, tras observar con atención boquiabierta durante unos minutos, se cercioraron de que ellos también aparecían en el dibujo: dos turbios rayones verdes, sus ponchos, aparecían aferrados de la mano, e iban disolviéndose hasta adoptar el tono rosáceo de la carne en las manos y la cara. Con sonrisa complacida se miraban y asentían silenciosos porque su amor era reconocido por aquella obra.

Alguien rompió el silencio que se había apoderado de los viandantes, comentando que los colores más apagados de la gente y el azul majestuoso del cielo le daban unos «matices tenebristas» al cuadro. Algunos de ellos asintieron complacidos, aun preguntándose qué quería decir ‘tenebrista’; un joven en bicicleta, que salía de Palazzo con un helado verde salpicado de virutas negras, aplaudió enérgicamente el cuadro, con lo que se ganó la atención de todos. La pintora trazaba nuevas líneas que pretendían dar cabida a todas las apariciones que se arremolinaban ante ella. El joven de la bicicleta explicó:

— Yo estuve en Florencia trabajando y había muestras de arte callejero por cada esquina. Todos tenían un estilo sin vida, imitaban a sus maestros... Pero este cuadro tiene el color y la visión de una artista con voz propia.

Se produjo una salva de aplausos, con lo que se acercó aún más gente, saliendo de las terrazas de Catterra y el restaurante chino y se escuchó como un susurro de enjambre admirativo. El papá del crío, sintiendo que la intervención del ciclista le enajenaba la atención de la pintora, observó muy humanamente:

— No deberías estar aquí pintando. Tendrías que estar en una galería de arte, exponiendo tu obra.

La muchacha levantó sus ojos pardos y aquel hombre se sintió escrutado y un poco cuestionado cuando ella respondió:

— No pinto para que me conozcan. Es que es lo que me gusta hacer.

La respuesta produjo un nuevo murmullo. La muchacha parecía ser una parte del mundo bohemio, muchos agradecieron poder etiquetarla. Era tanta la gente que se arrimaba a ella que tuvo que flexionar sus piernas y extenderse a lo largo de un espacio mayor para poder incluirlos a todos; se dio cuenta de que el dibujo requería otra perspectiva; empezó centrándose en la belleza del paisaje del parque con su árbol inclinado y su lago, pero la multitud ahogaba la escasa luz que penetraba rasgando las nubes tormentosas y cercenaba la iluminación. El crío aventuró:

— ¿Qué pasará cuando llueva?

Muchos se miraron. ¿Qué pasaría si llovía con las hermosas figuras? ¿Desaparecerían el niño y los padres que lo buscaban? ¿Se difuminaría en el viento un rayo de sol muriendo en las depen-

dencias de Onda Latina? ¿Dejarían de verse todos en un retazo de arte inmortal por una inclemencia del tiempo y tendrían que volver a los toldos? Una voz sugirió que había que proteger el dibujo. Por fortuna había un político entre el público.

— Señoras y señores, soy representante electo en la concejalía de cultura. Les propongo la siguiente solución: podemos declarar asunto de interés general este cuadro, pues de interés general es, y solicitar ipso facto y de motu proprio una campana de cristal que lo proteja y resguarde. Será como la carta de presentación de nuestro madrileño Parque Aluche.

La propuesta motivó un coro de aplausos. Todo el mundo se mostró de acuerdo en que era una obra de interés general y que debía, por tanto, ser protegida. El concejal hizo una breve llamada telefónica. El cristal ya estaba de camino; además fabricarían una chapa grabada con el nombre de la autora y el del cuadro en cuestión de minutos. Alguien recomendó a la muchacha que lo llamara Mañana veraniega. Otro propuso El lago de los patos pardos. Una mujer advirtió que lo más destacado en aquel cuadro eran ellos mismos, y por esto quizá el cuadro debería adquirir el nombre de La gente o Ahí estamos. La última sugerencia partió del crío: La gente del Parque Aluche.

La pintora seguía coloreando las figuras que habían venido en último lugar. Una colosal nube negra devoró la luz por encima de todos. Sintiendo el punzante tirón eléctrico del aviso de tormenta, la chica dijo:

— No es necesario que se tomen ninguna molestia. He pintado cuadros que han desaparecido una hora después. A mí no me importa.

El ciclista espetó:

— Pero muchacha, ¡usted no tiene ni puta idea! No es solo ya el fruto de su esfuerzo el que se perdería: todos los que nos vemos reflejados en su cuadro nos perderíamos con él...

— ¡Tiene razón!

— ¡No, ella lo ha pintado! ¡Que decida ella!

El concejal alzó las manos en señal de tregua y se hizo el silencio: al fin y al cabo él era el que podía salvar el cuadro.

— Calma, calma, vecinos... Si es importante el derecho privado en base a elegir el tema y el nombre del autor, no es menos importante la obligación de la comunidad de salvaguardar el interés de una obra que es patrimonio de todos. En menos de diez minutos el cuadro estará a salvo de la lluvia.

Las palabras produjeron un efecto relajante. Ya nadie dudaba de que el cuadro, fuera de quien fuera, debía ser puesto a salvo para deleite de las generaciones venideras: para deleite de la comunidad. Hacia el final del paseo, sobre el puente que cruzaba hacia la Casa de Campo, se divisó un relámpago gigantesco con nervaduras eléctricas como larguísimos filamentos blancos a lo largo y ancho de sí mismo. La mujer andina contó en voz baja la distancia entre el relámpago y

el trueno, que anunciaba la destrucción del cuadro.

El político preguntó su nombre y apellidos a la joven, que había dejado de pintar porque la algarabía impedía cualquier concentración, y ella expresó su voluntad de que el cuadro no llevase título o nombre. Se produjo un silencio incómodo. Las partículas de tierra se elevaban del suelo y golpeaban en la nariz y los ojos a todos, las tizas de colores se cimbreaban de un extremo a otro del cuadro como barricas diminutas en la cubierta de un navío, dejando un débil rastro de color que atravesaba a algún personaje.

— ¿Pero es que no le importa que el cuadro se borre?

— No tiene ningún valor. Mañana puedo pintar otro.

El tumulto se contrajo y expandió como una legión romana cuando el trueno llegó nítido a los oídos de todos: el crío lloraba aferrado al cuello de su madre. La mujer andina avisó de lo que sucedía:

— Esta chica es artista bohemia. A ella le da igual todo, pero nosotros no podemos permitirnos el lujo de ser nihilistas.

— ¡Tiene razón! —apostilló el conductor de la bicicleta—. Si ella no defiende su pintura, lo haremos nosotros, no tiene ni puta idea...

Un poco violentada por aquella multitud que pretendía salvar su obra, intentó marcharse, pero le cerraron el paso. Alguien la sujetó del antebrazo preguntándole el nombre; ella se desasíó. Sin manifestar cólera alguna, pero con una velocidad nacida del miedo, se abalanzó sobre su cuadro e intentó borrarlo con los pies.

El padre del niño díscolo la sujetó por detrás sin hacer demasiado esfuerzo y susurró algo a su oído que solo escucharon los dos.

El político estaba llamando a la policía municipal cuando llegó la furgoneta con dos cristaleiros. Tomaron medidas a la acera colorida y, dentro del furgón, iniciaron la talla del cristal con un torno en miniatura que esculpió el vidrio en forma de celosía en exiguo lapso.

La muchacha se debatía entre las zarpas de los agentes municipales sin articular palabra. Un instante antes de que el aguacero se desatara, los operarios municipales fijaron el cristal al suelo con unos cercos de metal que apuntalaron con unas máquinas taladradoras. Se desató la tormenta al fin. Uno de los operarios preguntó qué nombre y título debía figurar en la chapa metálica. Se elevaron voces que defendían Anónimo, u otras que postulaban Desconocido; el crío chilló nuevamente: ¡La gente del Parque Aluche! Muchos rieron.

Los municipales hablaron con el concejal de la pintora y a ella le pareció entender que «se la llevasen por intentar destruir el patrimonio cultural de Aluche». Las nubes lloraban copiosamente, pero de ahí no se iba nadie, los ojos de todos columnatas que sostenían La gente del Parque Aluche.

Ya en el coche celular la muchacha preguntó si podía pintar el interior del vehículo. Los policías consintieron en la extravagancia y ella comenzó a pintar en su cuaderno blanco. Uno de ellos sintió curiosidad y miró los trazos y los contornos del vehículo perfilados con el carbón a una velocidad asombrosa. Dijo:

— Debería llamarse Interior de un coche de policía.